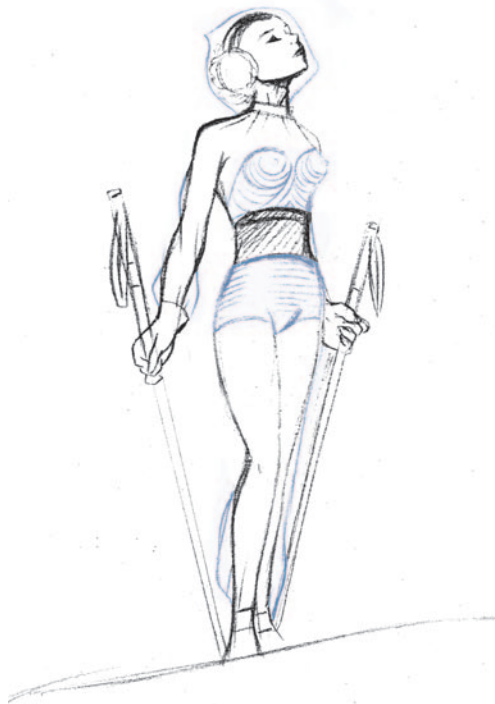


II
LA BIBLIOTECA DE LUIS ALBERTO DE CUENCA

9^I
LOS VERSOS DE CORDELIA

El Reino
Blanco
(2006-2009)




Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, mayo de 2024

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia


 www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2010, 2024

Edición crítica y prólogo de © Pablo Núñez Díaz, 2024

Ilustración de cubierta: © Miguel Ángel Martín, 2024

IBIC: DCF | Thema: DCF

ISBN: 978-84-19124-89-0

Depósito legal: M-11450-2024

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El Reino Blanco (2006-2009)

Luis Alberto de Cuenca

Edición crítica, introducción y notas
de Pablo Núñez Díaz



Índice

Introducción: <i>Luis Alberto de Cuenca, de la tradición clásica a la historia</i>	II
EL REINO BLANCO (2006-2009)	33
<i>Nota del autor</i>	35
<i>Dedicatoria</i>	37
SUEÑOS	41
Sueño parisiense	43
Sueño de mi padre	45
Sueño turco	47
<i>Descensus ad inferos</i>	49
La maleta perdida	51
HOJAS DE OTOÑO	55
Lo que somos (II)	57
Por el camino verde	59
La muerta enamorada	61
Sol poniente	63
El perfume de las flores	65

Donde habite el olvido	67
La llaga	69
Letanía	71
Qué es lo que puedo hacer	73
Peor que yo	75
La maltratada	77
Círculo	79
PUERTAS Y PAISAJES	81
Puerta abierta	83
Puerta entreabierta	85
Puerta cerrada	87
Paisaje con figura rasurada	89
Paisaje con figura encadenada	91
Paisaje con figura desperezándose	93
Paisaje con tus pies en mi boca	95
Flora y Fauna	97
Primavera y Estío	99
Safo y Faón	101
La dama de los tacones	103
Elogio del sujetador	105
QUINCE HAIKUS ASONANTADOS Y	
CINCO SEGUIDILLAS FETICHISTAS	107
HAIKUS	109
Francia	109
Oriental	110

<i>I love you</i>	111
Abstinencia	112
<i>Tempus non fugit</i>	113
Duda metódica	114
El faro	115
<i>Locus amoenus</i>	116
Metamorfosis	117
Ataraxia	118
<i>Tattoo</i>	119
Causa mayor	120
Freud	121
La cabeza del Bautista	122
Cthulhu	123
SEGUIDILLAS	124
Zombis mirones	124
Mejor con ellos	125
Zapatos míticos	126
Cenicienta moderna	127
Renovarse o morir	128
TRÍPTICO DE FOXÁ	129
<i>El almendro y la espada</i>	131
<i>Cui-Ping-Sing</i>	133
Para Foxá, a la manera de Calímaco	135
CAPRICHOS	137
Encuentro con Teresa	139

La máquina de amar	141
Lilith	143
Mujeres en ninguna parte	145
Central termoginética	147
Recuerdos de infancia	149
<i>Happy family</i>	151
La ladrona de cuadros	153
El poeta y la traumatóloga	155
Las cuatro heridas	157
HOMENAJES	159
Juntos	161
Me acuerdo de Bram Stoker	163
Me acuerdo de <i>Ella y él</i>	165
Leer en voz alta	167
Shakespeare y Rita	169
Dejah Thoris	171
La chica de la moto	173
<i>Et patuit incessu dea</i>	175
Uno y todas	177
En la muerte de <i>Joker</i>	179
En la tumba de <i>Soseki</i>	181
La casita de chocolate	183
Verano eterno	185
El alma de las cosas	187
Elogio de la poesía	189

EL CUERVO	191
RECUERDOS	201
Carta a los Reyes Magos	203
Vieja fotografía con tebeo	205
Radiografía de la ausencia	207
La bruja	209
Berlín, otoño de 1938	211
Buscando el yo perdido	213
PASEO VESPERTINO	215
Búscala	217
Viajes	219
Suspiro	221
Cuanto sé de mí	223
Paseo vespertino	227
Cadena perpetua	229
Notas a los poemas	231
Esta edición	235
Bibliografía	253

Introducción

Luis Alberto de Cuenca, de la tradición clásica a la historia¹

UNO DE LOS ASPECTOS más repetidos acerca de la obra poética de Luis Alberto de Cuenca (Madrid, 1950) es su evolución de una poesía hermética, en la que un culturalismo extremado actuaba como barrera para la comprensión de los lectores, a una poesía de línea clara, es decir, una poesía que se entiende y cuyas referencias culturales se despliegan con naturalidad, como elementos que forman parte de la vida. La primera etapa se refleja, sobre todo, en *Los retratos* (1971) y *Elsinore* (1972), mientras que la etapa que acentúa la comunicabilidad queda establecida con nitidez en *La caja de plata* (1985), Premio de la Crítica, y en el libro que puede leerse como continuación de este, *El otro sueño* (1987) —con el precedente, sobre todo, de la *plaquette Necrofilia* (1983)—².

Esta evolución de la poesía cuenquista no solo es cierta, sino que además constituye uno de los hechos que mejor ilustra la heterogeneidad de su gene-

¹ Esta edición se ha realizado como parte del proyecto «Historia, ideología y texto en la poesía española de los siglos XX y XXI (continuación)» (Ref.PID2022-138918NB-I00).

² Acerca del cambio de su poesía hacia una línea clara, *vid.* Lanz, 1991a: 37-52; 1996: 30 y ss.; García Martín, 1992: 135-139; Suárez Martínez, 2010: 169 y ss.; 2019: 7-9; e Iravedra, 2016: 380-381.

ración poética, esto es, la generación de 1968, ya que Luis Alberto de Cuenca comienza a escribir bajo la impronta hermética de la primera promoción novísima —debuta justo un año después de la antología *Nueve novísimos poetas españoles* (1970) de José María Castellet—, y a mediados de los ochenta se convierte en adalid de la poesía clara y en uno de los modelos que seguirán las nuevas generaciones de poetas. Por eso *La caja de plata* es uno de los libros ineludibles en la historiografía de la literatura española del último medio siglo.

En «El almendro y la espada», una de las composiciones de *El reino blanco* (2010), escrita en homenaje a Agustín de Foxá, se ofrece una síntesis de esta forma luminosa e integradora de entender la creación poética: «Porque la poesía no ha de ser un tedioso / festín esencialista e incomprensible para / los miembros de una secta, sino una fiesta alegre / y comunicativa donde quepamos todos / los hombres y mujeres del planeta». Esta idea remite a distintos artículos del autor (por ejemplo, los recogidos en *Señales de humo*, 1999: 141-142, 157-158 y 163-164), y a una de sus composiciones emblemáticas, «Línea clara», del libro *La vida en llamas* (2006), con la que responde a quienes critican su poética: «Dicen que hablamos claro, y que la poesía / no es comunicación, sino conocimiento, / y que solo conoce quien renuncia a este mundo [...] Dicen que hablamos claro y que nos repetimos / de lo claro que hablamos, y que la gente entiende / nuestros versos...». También al poema «Claridad», de *Cuaderno de vacaciones* (2014), que afirma lo siguiente respecto al objeto de la poesía: «Su meta es reflejar los anhelos,

angustias / y emociones reales de la especie / en un espejo imaginario. / Y hacerlo de la forma más nítida posible».

En esta introducción, trataré, en primer lugar, de mostrar la trascendencia de la línea clara que sigue la poesía de Luis Alberto de Cuenca desde una doble significación, que no debería quedar orillada, y que va unida a la riqueza de referencias y de reescrituras de textos de la tradición culta; asimismo, trataré de plantear una aproximación al sentido de *El reino blanco*, y a cómo aparecen en él las preocupaciones y los temas esenciales de la obra del escritor, y un rasgo irrenunciable de su poesía: la narratividad; por último, me detendré en el modo en que los versos del autor se relacionan con la historia, investigando uno de los poemas del libro: «Berlín, otoño de 1938». La introducción propiamente dicha se completará con un aparato crítico, cuyas notas finales también pueden arrojar algo de luz sobre el proceso creativo de *El reino blanco*.

I. UNA CLARIDAD COMPLEJA

Ahora bien, siendo cierta la evolución de Luis Alberto de Cuenca hacia la claridad, conviene subrayar un extremo que podría pasarse por alto y que tiene que ver, precisamente, con la comunicabilidad. Me refiero al hecho de que su poesía no se ha hecho más comunicativa simplificándose, sino actuando en dos planos distintos. En un primer plano, resulta casi plenamente accesible para cualquier lector, que sin mayor dificultad podrá verse identificado con ese mundo en el que se integran ideas y sentimientos sin entorpecer la inteligibilidad; se incluyen elementos narrativos, confesiona-

les, coloquiales; se funden alta y baja cultura, etcétera. Sin embargo, aunque el público más amplio de lectores haya podido comprender la poesía del autor en ese primer plano, que es efectivo y, dependiendo de los casos, «suficiente» y hasta «completo», el poeta ha sabido cultivar un segundo plano que, en principio, solo disfrutarán los lectores más doctos, o quienes hagan el esfuerzo de ahondar, por ejemplo, en los hipotextos relacionados con sus versos, que muchas veces se indican como pistas ya desde los títulos³.

De este modo, Luis Alberto de Cuenca ha logrado que los poemas funcionen en ambos planos, de manera independiente y con intensidad, al evitar dos actitudes, respetables para quienes prefieran el hermetismo, pero que habrían truncado el proyecto de poesía diáfana que tantos frutos ha dado desde los años ochenta, y que continúa dándolos. Dichas actitudes o riesgos consistirían, por un lado, en permitir que la comprensión de los poemas dependiera de manera esencial del conocimiento de la tradición culta a la que remiten, y, por otro lado, en ofrecer unas pistas tan veladas que vincular el poema con los textos subyacentes resultara un desafío solo apto para lectores particularmente eruditos y pacientes.

El reino blanco, que constituye «un libro mayor» en la trayectoria poética de Luis Alberto de Cuenca (Díaz de Castro, 2011: 115; Lanz, 2012: 32), evidencia

³ Capítulo aparte merecería el modo en que las referencias biográficas, y en concreto las asociadas a la amistad, suponen un reto interpretativo, como ha estudiado Nagel (2017). Para este investigador, determinados poemas de De Cuenca tienden «a construir una distancia estética al poner en escena un juego entre amigos cómplices, confiriendo al lector la posición de testigo, que presencia cómo el personaje poético se construye a sí mismo» (2017: 242).

bien los dos planos de comprensión mencionados, especialmente en lo que atañe a la presencia de la tradición clásica en la obra⁴. Este aspecto, estudiado en profundidad por Suárez Martínez (2014), se revela en aspectos tanto formales como temáticos. Respecto a los primeros, llama la atención la influencia de la poesía epigramática clásica, cuyos elementos básicos serían «la brevedad y la agudeza final, convertidos en vehículos de la condensación poética y de la impresión que causa la imagen» (Ortega Villaro, 2005: 13). No hay que olvidar que Luis Alberto de Cuenca dedicó su memoria de licenciatura en Filología Clásica a los epigramas de Calímaco de Cirene, y la traducción que realizó de los himnos y epigramas del erudito alejandrino apareció en la editorial Gredos en 1980. El testimonio del propio poeta es claro: «Fue Calímaco de Cirene quien me enseñó a valorar la concreción, la intensidad, el efecto sorpresa, el tono coloquial, la concisión expresiva» (*Palabras con alas*, 2012: 39; también en *Sobre mi poesía* (1971-2018), 2020b: 197).

En cuanto al mundo clásico en el contenido de los poemas, Suárez Martínez (2014: 163) ha destacado cómo en *El reino blanco* coexiste «con otras tradiciones culturales, y, de forma llamativa, con las expresiones más modernas de la cultura popular, cine, tebeos, novela de género (fantástica, de terror, policíaca...), en principio alejadas del canon culto a la que aquella pertenece». El investigador también ha puesto de relieve cómo los escenarios modernos y cotidianos se proyectan sobre el mundo grecolatino, ya que, «con distintos pretextos un pai-

⁴ Ver también las reseñas de García Martín (2010), Rubio Sánchez (2010), Sánchez Álvarez-Insúa (2010), Guzmán (2011), Luján (2011) y García-Máiquez (s. f.), entre otros.

saje real o imaginado, la belleza de una joven, una anécdota amorosa... el sujeto poético extrae un paralelismo una cita, un tópico, un episodio mitológico... aplicable a su propia situación» (2014: 163).

Suárez Martínez (2014: 146-150), que ya abordó la tradición clásica en la poesía luisalbertiana de manera global (2010), se detiene especialmente en tres poemas de *El reino blanco* en los que dicha tradición afecta al conjunto de las composiciones en lo formal y en lo temático: el primero de ellos, «Safo y Faón», que reescribe con humor una leyenda sobre la poeta Safo y el barquero Faón, según la cual este habría recuperado la juventud y adquirido una irresistible belleza gracias a Afrodita, y Safo se habría quitado la vida al no conseguir su amor; el segundo, «Para Foxá, a la manera de Calímaco», que homenaja al escritor Agustín de Foxá, reescribiendo la elegía que Calímaco dedicó a su amigo Heráclito; y, por último, «En la tumba de *Soseki*», que Luis Alberto de Cuenca escribió a la muerte del gato de Fernando Sánchez Dragó y su mujer Naoko Kuzuno (*vid.* Sánchez Dragó, 2009), poema que se relaciona con los epigramas que partían de acontecimientos cotidianos o incluso con los epitafios de la *Antología Palatina* escritos con motivo de la muerte de animales.

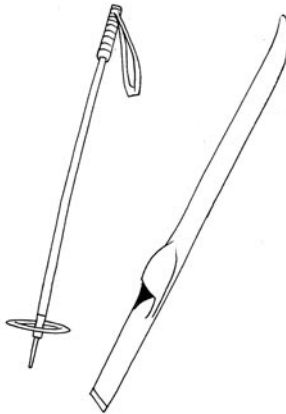
La cuestión es que la lectura de los tres poemas puede resultar satisfactoria para las personas que no conozcan los mencionados vínculos con la tradición clásica: la anécdota expuesta queda clara, y se logra el efecto humorístico, en el caso del primero, y la emoción, en el caso del segundo y del tercero. Es cierto que el hecho de conocer, además, la tradición im-

plicada permite otra lectura, mucho más rica, pero el culturalismo en ningún caso actúa como una barrera de entrada al poema.

Por otro lado, el lector encontrará, como es habitual en la poesía de Luis Alberto de Cuenca, otras muchas alusiones a fuentes como el mito de Prometeo («Paisaje con figura encadenada»); la Biblia (los haikus «Causa mayor» y «La cabeza del Bautista», por ejemplo); la literatura medieval (la *Divina comedia* de Dante, en «*Descensus ad inferos*»); otras referencias literarias, como *Ella y él*, de George Sand, en «Me acuerdo de *Ella y él*», el relato «*Vinum Sabbati*» o «El polvo blanco» de Arthur Machen, en «Puerta abierta», o el personaje de Dejah Thoris (en el poema homónimo), creado por el novelista Edgar Rice Burroughs y que también fue llevado al cómic. De igual forma, la pintura (Simonetta Vespucci, la musa de Botticelli, en «Recuerdos de infancia»; también Nicholas Hilliard, en «La ladrona de cuadros»); el cine (*Irma la Douce*, de Billy Wilder, en «Elogio del sujetador»), etcétera. En esta introducción no se cansará al lector dando cuenta de todas ellas, pues han sido bien detectadas y abordadas en estudios como los ya mencionados. De hecho, la obra poética de Luis Alberto de Cuenca ha abierto numerosas posibilidades de investigación desde la perspectiva intertextual o transtextual, como ha quedado sobradamente demostrado en los últimos años, desde los estudios de Lanz (1991a, 1991b, 2000), Letrán (2005), Martínez (2007) y Suárez Martínez (2008a y 2010), hasta los publicados a partir del impulso que han supuesto los volúmenes colectivos coordinados por Sáez (2018) y Sáez y Sánchez Jiménez (2019a y 2019b).

El Reino Blanco

(2006-2009)



Nota del autor (2010)

El título de este libro me lo regaló mi admirado Marcel Schwob. Consta de noventa poemas escritos entre 2006 y 2009, aunque algunos —muy pocos— son anteriores a 2006, fecha en que apareció, en esta misma editorial, *La vida en llamas*, mi entrega poética precedente. Con *El reino blanco* me estreno en la colección Palabra de Honor, publicada también por Visor. Quiero agradecer a los directores de la serie, mis viejos y queridos amigos Luis García Montero y Jesús García Sánchez, su generosa hospitalidad.



para Alicia, amazona del verano



Voici la clef du royaume: dans le royaume rouge est un royaume noir; dans le royaume noir est un royaume blanc; dans le royaume blanc... est Monelle!

MARCEL SCHWOB
Le livre de Monelle

La muerte es ese desconocido
que aparece en las fotografías familiares.

Fice el bien e fice el mal,
fice guerra e fice amor;
ove de ver al final
que todo, todo, es igual:
engaño e dolor, dolor.

Sueños



Sueño parisiense

ME ASALTÓ un pensamiento: «¿Qué espera a los que luchan? ¿Y a aquellos que no luchan?». Entonces entré en éxtasis (más o menos), y un tipo, a quien no conocía de nada, se acercó y me dijo: «Levántate y sígueme». Lo hice, y luego me condujo ante una puerta enorme, bellísima, imposible de describir. Al otro lado de aquella puerta se oían unos himnos cantados desde dentro por una muchedumbre infinita. Una voz preguntó: «¿Qué queréis?». A lo que el individuo que me guiaba dijo: «Entrar». No hubo respuesta durante unos segundos, que se hicieron eternos. Después, se oyó a la voz decir: «Solo entra aquí quien lucha por entrar».

Sueño de mi padre

LLEVO EN UN ATAÚD, sobre los hombros, los restos de quién sabe quién. Prefiero no dejarlos en el maletero del coche. Además, no he podido aparcar, porque en el único sitio libre que había en el *parking* alguien había estacionado una mastaba egipcia con escenas del *Libro de los Muertos* en sus paredes.

Dejo el coche en mitad de la calzada y desciendo por una calle céntrica de mi ciudad con el ataúd a cuestas, cuando me encuentro con mi padre. Está muerto y es joven, como treinta años menos que yo; junto a él, de su brazo, una mujer tan joven como él y bastante atractiva. Ahogo un grito dentro de mí, con la almohada asesina que me proporciona el terror. Mi padre exhibe un bigotito negro y una expresión estúpida, y se para un momento al cruzarse conmigo, mirándome a los ojos con ojos fantasmales:

«¡Si lo hubiésemos hecho mejor! Pero nadie puede volver atrás. Así están y estarán las cosas para siempre».

Quiero irme. Voy golpeando a los transeúntes con el ataúd que contiene los restos de quién sabe quién. Mi padre va quedándose atrás, con la chica cogida de su brazo, cada vez más pequeño, cada vez más lejano.

Sueño turco

UN TIPO LLAMADO MUERTE (parecido a Bela Lugosi haciendo de Drácula, no al Doctor Muerte de los tebeos) nos invita a un grupo de amigos —Borges entre ellos— a una fiesta en su casa, con el propósito de enseñarnos su biblioteca. Llegamos a la biblioteca de Muerte. Me quedo estupefacto: es la misma habitación en que mi padre tenía instalada la maqueta de su maravilloso tren eléctrico, en las afueras de Madrid. Siento la necesidad de contárselo a Borges.

—Borges, fíjese qué emoción: este es el cuarto donde mi padre tenía instalada la maqueta de su tren eléctrico cuando yo era pequeño, hace muchos años. Imagino que Muerte compraría en algún momento esa habitación para convertirla en biblioteca.

Borges no me contesta, lo que me produce cierto malestar, excitado como me encuentro por compartir con alguien revelación tan inesperada.

Me detengo entonces en las estanterías: apenas albergan libros (los que hay son viejos, pero en ningún caso anteriores al siglo XIX); los estantes están atiborrados de comida: canapés, sándwiches, tartaletas, cosas así.

Saludo a Muerte. No le informo de la coincidencia. O quizá sí, porque me hace pasar a otras habitaciones del hotel (entonces lo llamábamos así, no chalet), para enseñarme las reformas que ha llevado a cabo en la casa.

De pronto, cambia el escenario. Unos futbolistas muy velludos, con camisetas y calzones del Club de Fútbol Barcelona, amenazan con las fauces abiertas a un Borges indefenso en el jardín. Cuando ya van a devorarlo, uno de ellos, el más próximo a Borges, da un besito tierno al maestro, y todos los demás se apelonan para hacer lo mismo, besando a Borges en el cuello y en las mejillas con gran mimo y dulzura, como si no tuviesen otra cosa que hacer.

Descensus ad inferos

—¡OYE!

—¿Qué?

—¿Dónde estoy?

—Coge una silla. Siéntate. Y deja de preguntar tonterías.

—¿Qué es esto?

—La casa de tu infancia.

—¿Y quiénes son esos señores que están saliendo del ascensor?

—Son los varones de tu familia.

—¿Qué hacen?

—Te saludan. Tu padre, algo más cariñoso que los demás, te ha propinado sendos besos en las mejillas.

—¡Papá, ven a mi cuarto! ¡Reméteme las sábanas! Todo está tan oscuro... Mi cama es una herida abierta. Nunca he estado en la boca de un lobo ni en el vientre de una ballena, pero debe de

ser un sitio parecido a mi dormitorio. ¿Estás ahí, Virgilio? Ayúdame a orientarme...

—Cierra los ojos: es la única manera de impedir que la noche lo invada todo.

—Papá, tío Alejandro, tío Alberto, ¡esperadme! ¡Ya voy a reunirme con vosotros!

La maleta perdida

OLVIDÉ LA MALETA, de forma incomprensible,
en el vagón del tren.

Alguien iba a mi lado. Era un amigo
de rostro inexistente. Parloteaba
sin cesar. No recuerdo qué decía.

Me paré. Habrían pasado quince o veinte
minutos desde la llegada
del tren a la estación.

Se lo dije: me había dejado la maleta,
tenía que volver,

¡y era tan complicado regresar!

Al final logré hacerlo. En el espacio
de atención al cliente había un hombre
de piel muy atezada, pelo corto,

tipo Miguel Hernández. ¿Se había ido el tren
o seguía en su vía con mi maleta dentro,
esperando a su dueño?

El hombre preguntó de qué tren se trataba,
si guardaba el billete,
de qué lugar venía,
las banales cuestiones de rigor.

No supe contestarle.

De repente, una dama misteriosa,
que había estado hablando con el supuesto Hernández
antes que yo, me puso unas monedas
antiguas, extranjeras, obsoletas,
en el bolsillo, mientras me decía
en voz baja, al oído:

«Páguele usted por mí, dele las gracias
por su amabilidad. Venga conmigo».

Di al tipo las monedas y me fui con la dama,
que era igual que mi madre a los cuarenta años.
Me pidió que llevara su equipaje,
un montón de maletas de marca, acribilladas
de etiquetas de hotel, donde guardaba

ropa, medicamentos, libros, discos
en cantidades industriales,
para equipar, sanar o divertir
a toda una ciudad.

En la misma estación, no sabría decir
en qué lugar exacto, hicimos el amor,
desnudos, muchas veces
—tantas como los besos de los que habla Catulo,
o como las arenas del desierto de Libia—,
con las maletas de ella protegiéndonos
del acecho de los *voyeurs*.

Llegó el momento de los cigarrillos
y, al final, lo entendí.

Aquel lugar no era de este mundo:
por eso me dejé la maleta en el tren.

Hojas de otoño



Lo que somos (II)

a Emma Pérez Coquillat

SOMOS tiempo y espacio,
aunque nuestra presencia
en uno y otro sea,
cuantitativa y, sobre todo,
cualitativamente hablando,
mera expresión de ausencia,
mueca de despedida.
Somos apenas un renglón torcido
donde nadie, ni Dios,
ha escrito algo derecho.
El puntito de fuego moribundo
que aún se mueve en la calle
después de veinte pisos de caída
libre (y el adjetivo no es ocioso).

Ese cuerpo sin brazos y sin piernas,
con la cabeza a medio seccionar,
que decora las pesadillas.
Una esquina doblada en cualquier hoja
de un libro con las páginas en blanco.

Por el camino verde

NO HE PODIDO dormir.
Brilla un alba rosada en la cuadrícula
de mi ventana abierta,
y sé que hay margaritas,
amapolas, geranios y alhelíes
despertándose en el jardín.
Sigo, inquieto y ansioso,
los sonidos de la naturaleza,
queriendo oír tus pisadas en la hierba,
y solo escucho el viento
que cimbreo los juncos
y hace que me arrebujé entre las sábanas.
Pasan las horas,
lentas como un suplicio antiguo,

y, cuando cae la tarde y la Luna despunta,
subo hasta la colina, alfombrada de flores,
y te veo venir por el camino
de mi imaginación,
por el camino verde
donde mueren los cisnes.

La muerta enamorada

HAS VUELTO a hacerme señas desde lejos
y a decirme: «¡Ven! Tengo tantas cosas
que enseñarte, mi vida. Tengo tanta
soledad para ti. Ven al infierno
por el camino tibio de mis brazos.
Piérdete en mí. Descansa entre mis piernas.
Yo te daré calor y oscuridad».
Has vuelto a introducirte en mis pupilas
con todo tu poder, y tus imágenes
han poblado de vértigos mi mente
y de alucinaciones mi memoria.
Se me ha paralizado la conciencia.
Se me han roto las armas defensivas.
Han vuelto a derretirse las paredes

de mi alma al sonido de tu voz.
Y no he podido articular palabra,
nublado como estaba por el sueño
de la razón, comido por los monstruos
del deseo, inundado por la lumbre
enferma de tus ojos inyectados
en sangre. No he podido responderte:
«Vuelve a la tumba, horror. Déjame en paz».

Sol poniente

ATARDECE en el mundo y en mi alma.
Hostigado por la tristeza,
dirijo mi automóvil fuera de la ciudad,
buscando carreteras comarcales,
flanqueadas por árboles con los troncos pintados
de blanco. El Sol poniente
se derrama en las hojas,
bañándolas de oro.
Todo es tan bello que el *spleen*,
avergonzado, pide excusas.
¡Lástima grande que el crepúsculo
desaparezca en un instante!
Tomo una curva y ya es de noche.

El perfume de las flores

a Rafael Guillén

LAS FLORES se marchitan.
El viento del otoño las arrastra hacia el polvo.
Pero su aroma vive.
¿Dónde? No lo sabemos.
Si existiese una sola forma de eternidad,
una «ínsula firme» de bienaventuranza
diferente del ciclo del carbono,
estoy seguro de que sí sabríamos
dónde vive el perfume de las flores.